



Universidad de

los Andes 30 años

Discurso treinta años de la Universidad de los Andes

6 de septiembre de 2019

Rector José Antonio Guzmán Cruzat

El primer pensamiento que nos embarga a todos en este trigésimo aniversario de la Universidad de los Andes es de alegría y agradecimiento. Gratitud a Dios y también a todos quienes forman parte de nuestra comunidad universitaria.

Animado por este sentimiento de gratitud, me propongo reflexionar brevemente sobre el corazón de nuestra actividad universitaria, específicamente sobre los rasgos distintivos de nuestra institución. Esta reflexión, junto a la de muchos otros nos ayudará a pensar y soñar en los años que tenemos por delante.

¿Qué nos mueve a trabajar aquí? ¿Qué nos distingue de otras universidades?

Evidentemente tenemos mucho en común con otras casas de estudio: compartimos el afán de buscar la verdad, el deseo de servir a la sociedad y la preocupación por la formación profesional y personal de nuestros estudiantes.

Sin embargo, hay aspectos que adquieren matices peculiares en nuestro caso. Nos mueve un deseo de excelencia, de ser una gran institución. Nos hemos puesto una vara alta. Tenemos un especial empeño en atraer buenos profesores, y buenos estudiantes. Nos hemos fijado metas ambiciosas en investigación, hemos establecido altos estándares de infraestructura. Ir por más, ha sido un deseo constante en estos treinta años.

Junto a lo anterior, el afán de servicio ha sido una palanca muy importante en nuestra motivación por hacer las cosas lo mejor posible. Nos ilusiona servir a nuestro país con una universidad plenamente empapada de sus necesidades, sus problemas, su futuro. Nos ilusiona servir a nuestros estudiantes y a nuestros colegas en esta y otras instituciones.



Universidad de

los Andes 30 años

La unidad que existe en nuestra universidad es también un motivo de alegría, agradecimiento y orgullo. Ciertamente no es fácil que, en una institución tan grande y compleja, con tantas personas talentosas, se respire este ambiente de misión mancomunada, con conciencia clara de enfrentar una tarea común. Ha habido y hay diferencias, pero casi siempre hemos podido superarlas, conscientes de la eficacia de la unidad para alcanzar el fin común. A lo largo de los años, se ha formado una comunidad de gente que ha sido capaz de subordinar sus intereses personales a la armonía del conjunto. Este ambiente que hemos logrado tenemos que cuidarlo porque es algo que es excepcional y que no podemos perder.

Sin embargo, creo que ninguna de estas características refleja plenamente nuestra identidad. Hay algo más, algo que está en el meollo de nuestro proyecto universitario. Para tratar de explicarlo, quisiera valerme del título de una homilía pronunciada por San Josemaría hace más de 50 años, precisamente en un campus universitario. Planteaba en aquella ocasión el ideal de amar al mundo apasionadamente. En esa homilía afirma que “Dios nos llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir” (Amar al mundo apasionadamente).

Este es el punto de partida de un proyecto intelectual de inspiración católica. Se nos plantea el desafío de desentrañar y entender los misterios de la creación y de la sociedad humana, cada día con más profundidad, con el fin de compartirlos con los hombres y mujeres de nuestro tiempo. De aquí se desprende nuestra convicción de la armonía entre fe y ciencia. Dios hizo al mundo para que lo domináramos y alcanzáramos la plenitud en



ese esfuerzo. La Fe revelada nos permite entender el mundo con más profundidad, sin que haya contradicción posible con lo que se pueda descubrir a través de la ciencia. Pero, este es solo el punto de partida. Desde ese entendimiento común nos podemos mover en cualquier dirección, con toda libertad.

Entre otras muchas posibilidades, la idea de amar el mundo apasionadamente se puede traducir en tres puntos: la curiosidad intelectual del profesor universitario, el deseo de poner siempre a las personas por delante y un gran sentido de urgencia.

La curiosidad, el deseo de entender mejor, ha sido siempre el motor del trabajo universitario. No nos conformamos con el modo dominante de ver las cosas. Queremos profundizar, extrapolar, probar nuevas soluciones. "Soy un hombre, nada humano me es ajeno", escribió Terencio hace 2300 años.

Este deseo de entender mejor la realidad nos lleva al trabajo interdisciplinario. Los problemas que enfrenta el mundo son complejos y no se entienden cabalmente desde una sola rama del saber. El afán de "integrar los saberes diversos" es un aspecto muy arraigado desde el principio en nuestro ADN institucional. Contamos con cierta ventaja en esta carrera, tanto por razones epistemológicas como por el fuerte sentido de comunidad al que antes aludía. El empeño por trabajar junto a personas de otras disciplinas es un hábito muy difícil pero muy fructífero.

La curiosidad, junto al afán de servicio, nos impulsan a afrontar los temas difíciles, los nudos de nuestra cultura, que dificultan la realización de la justicia y la felicidad de las personas. En esta universidad contamos con un patrimonio intelectual que nos permite iluminar estos grandes desafíos sociales y hacer un aporte importante al debate de nuestros días.



Decía también que tenemos que poner a las personas siempre en el centro de nuestro trabajo. Esto se traduce, en primer lugar, en el prisma bajo el que observamos los temas de nuestro trabajo académico. Nos interesa un sistema jurídico más justo; una economía que fomente la creatividad, la libertad, el crecimiento y el cuidado de los más desfavorecidos; medios de comunicación que digan la verdad y ofrezcan claves de interpretación honestas. Algo análogo podría decirse de todas las áreas del saber.

Poner a las personas al centro obviamente implica también tratar con respeto y aprecio a colegas y estudiantes. Siempre habrá muchas diferencias intelectuales —estamos en una universidad— pero estas diferencias no deberían transformarse nunca en personales. El dialogo respetuoso, es una parte esencial de nuestro trabajo académico.

Finalmente, sentido de urgencia. Ante un mundo tan difícil de interpretar, que a veces a algunos puede parecer hostil, caben dos actitudes. La primera es encerrarnos en nuestra zona de confort como esperando que pase la tormenta. Pero también podemos sentir con fuerza la responsabilidad de contribuir a una mejor comprensión de los fenómenos culturales, políticos y tecnológicos de nuestro tiempo. Este es el camino que tiene que seguir nuestra universidad. No somos un refugio, somos una plaza pública.

Esta urgencia nos lleva a trabajar sin descanso, a abrirnos al diálogo, a tener paciencia, y lógicamente al optimismo. Estamos obligados a hacer lo que esté en nuestras manos, dejando el resto a la Providencia de Dios.

San Josemaría Escrivá, escribía acerca del ideal de un intelectual católico —vale para todos, católicos o no— decía que era importante cultivar las siguientes actitudes:



“- amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica;

- afán recto y sano —nunca frivolidad— de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;

- una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;

- y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida” (Surco, 428).

Creo que en esas palabras se resume un gran panorama universitario.

Esta institución tiene todavía mucho que crecer y madurar, pero hemos avanzado enormemente en estos treinta años. Tenemos que sentirnos orgullosos, contentos y querer ir siempre por más.

Amamos con pasión el mundo que nos toca vivir, y queremos servirlo con todas nuestras fuerzas.